

## LOS «PELIGROS» DE LA ESPIRITUALIDAD

*Espiritualidad viene de espíritu. Para el cristiano, la espiritualidad remite necesariamente al espíritu del Evangelio. Con ser esto tan simple, la historia de la espiritualidad se presenta erizada de dificultades. El autor del presente artículo alude a esas dificultades, alerta sobre los riesgos de una espiritualidad mal entendida y desarrolla una idea de espiritualidad cristiana como forma de vida derivada del Evangelio, que busca la plenitud personal, sin limitarse a un mero proyecto de perfección propia, pero que es también y sobre todo compromiso con la causa del Reino de Dios, que implica estar libres y disponibles para luchar por los más débiles.*

*Los «peligros» de la espiritualidad, Proyección 43 (1996) 220-229.*

### La dificultad

La primera dificultad la plantea la misma palabra. Pues al espíritu suele contraponérsele la materia, el cuerpo, o sea, lo más cercano, lo más nuestro. Y de ahí que produzca la impresión de que la espiritualidad es algo que entra en conflicto con la felicidad, con el goce de la vida. Y se llegue a la conclusión de que el que se dedica a la espiritualidad ha de renunciar a ser plenamente feliz, porque ha de renegar de una parte esencial de sí mismo.

La historia de la palabra nos pone en la pista del por qué de esa dificultad. Durante siglos los autores "espirituales" han asociado la "espiritualidad" a la negación de la corporalidad, que también denominaban "animalidad". Así, hacia 1120 Rimbaldo de Lieja afirmaba: "Si queremos ver las cosas propias de Dios, es necesario que depongamos la animalidad y asumamos la espiritualidad". Y Santo Tomás, utilizando *spiritualitas* en sentido ascético, distingue en ella tres grados -vírgenes, viudas, personas casadas-, según se triunfe más o menos sobre la *carnalitas*. La espiritualidad nació y creció, pues, al socaire del desprecio a lo corporal, a lo sensible.

En el fondo de esa concepción subyace la contraposición entre lo divino y lo humano. La espiritualidad pertenece a la esfera de lo divino y, por consiguiente, lo humano queda relegado y ha de someterse a lo divino. Ya dentro de nuestro siglo un manual de espiritualidad definía la espiritualidad como "la ciencia que enseña a progresar en la virtud y particularmente en el amor divino". El amor humano, el empeño por el progreso y la cultura, el goce de la vida, quedan al margen de la espiritualidad, si es que no están en contra de ellas. Lo más entrañablemente humano resulta ajeno a la espiritualidad. Y por esto adentrarse por los caminos de la espiritualidad significaría renunciar a algo esencial a sí mismo y, por tanto, irrenunciable.

De ahí el título de este artículo. Porque es evidente que una espiritualidad así entendida resulta un riesgo constante. Las personas quieren ser felices y tienen derecho a serlo. Una espiritualidad que entra en conflicto con una aspiración tan profundamente humana, como ésta, está llamada al fracaso. No se trata, naturalmente, de devaluar el concepto de espiritualidad por ofrecer una espiritualidad "atractiva", sino de plantear una espiritualidad "auténtica", coherente con el Evangelio. Y el Evangelio no entra en conflicto con lo auténticamente humano, sino con lo inhumano que hay en nosotros.

Teológicamente, no se puede hablar hoy de lo "natural" y lo "sobrenatural", lo humano y lo divino, como de dos planos separados y, menos aún, de dos realidades contrapuestas. El hombre ha sido agraciado con un destino divino. Y, por tanto, todo el dinamismo del hombre está penetrado por lo sobrenatural y lo divino. Karl Rahner afirmó: "la experiencia individual del ser humano y la experiencia religiosa colectiva de la humanidad nos confieren, en una cierta unidad e interpretación recíprocas, el derecho de interpretar al hombre (...) como el evento de la autocomunicación absoluta y radical de Dios". Y el propio Rahner saca la consecuencia para la vida práctica de las personas: "La experiencia a la que aquí se apela no es primera y últimamente la experiencia que hace uno cuando en forma voluntaria y responsable se decide a una *acción* religiosa, por ej., a la oración, a un acto de culto o a una reflexión ocupación teórica con una temática religiosa, sino la experiencia que se envía a cada hombre previamente a tales acciones y decisiones religiosas y que se le envía además tal vez bajo forma y conceptos que en apariencia nada tienen de religiosos". En resumen: si una persona actúa rectamente, aunque su actuación aparentemente no tenga nada que ver con la religión, se relaciona con Dios y se une a Dios. Por tanto, el trabajo, el descanso, el goce de la vida, las acciones en apariencia más sencillas nos acercan a Dios y tienen un profundo y radical sentido religioso, aunque nosotros no nos demos cuenta de ello. Por sorprendente que pueda parecer, es así. Así de genial y así de humana es la acción de Dios con nosotros. Esto sin menoscabo del hondo sentido que poseen en la vida cristiana los actos propiamente "religiosos". Pero una espiritualidad rectamente entendida se ajusta a las líneas que acabamos de trazar.

En definitiva, la dificultad que entraña la espiritualidad tal como se ha entendido y practicado con demasiada frecuencia consiste en que ha servido a y se ha servido de la falsa oposición entre "espíritu" y "materia", entre lo "religioso" y lo "profano", entre lo "eterno" y lo "temporal". Y, como consecuencia, se ha visto desplazada de la vida real de las personas. Es evidente que una espiritualidad así no puede prosperar en nuestro tiempo.

### **¿Qué es la espiritualidad?**

Juan A. Estrada define acertadamente la espiritualidad como "la vida según el espíritu, es decir, la forma de vida que se deja guiar por el Espíritu de Cristo". Así concebida, la espiritualidad abarca la vida entera de la persona: su "espíritu" y su cuerpo, su individualidad y sus relaciones sociales, su condición de miembro de la Iglesia y de ciudadano del mundo. Así se supera el viejo dualismo entre espíritu y materia. La espiritualidad afecta a todo lo que el ser humano es en su existencia concreta. No hay por qué renunciar a una dimensión esencial de nosotros mismos. Todo lo contrario: al vivir intensamente la espiritualidad, nos realizamos en plenitud y somos más plenamente nosotros mismos.

Pero ¿cómo entender esa "vida según el espíritu"? Se trata del Espíritu de Jesús, del Espíritu que inspira el Evangelio. Por esto Gustavo Gutiérrez afirma: "Una espiritualidad es una forma concreta, movida por el Espíritu, de vivir el Evangelio". Y Segundo Galilea describe la espiritualidad como "un estilo de vivir el Evangelio en una determinada situación". En última instancia, con H. Urs von Balthasar, entendemos por espiritualidad "la actitud básica, práctica o existencial, propia del hombre y que es consecuencia y expresión de su visión religiosa -o de un modo más general, ética- de la

existencia". Esta "actitud básica" se traduce necesariamente en una forma de vida. Y esa forma de vida no puede ser otra que el Evangelio.

Esto hay que entenderlo con todas sus consecuencias. No es, pues, de extrañar que von Balthasar hable de una "palabra dura". Una palabra -continúa él mismo- que "para hacerla comprensible, hemos de insertarla de nuevo en el contexto existencial del mismo Evangelio. Si éste fuese una filosofía de la religión o una ética abstracta para cualquiera, aquella dureza sería injustificada. Pero la configuración intrínseca del Evangelio exige que el hombre siga a Jesús de manera que, en una decisión definitiva, se lo juegue todo a una sola carta, abandonando todo juego posterior" (*El Evangelio como criterio y norma de toda espiritualidad en la Iglesia*, Concilium n° 9, 1965, 7).

La espiritualidad cristiana es, por tanto, una forma de vivir coherente con el Evangelio en toda su radicalidad. Pero es aquí justamente donde se ciernen los "peligros" más sutiles. Porque, para el común de los fieles, la radicalidad evangélica entraña la renuncia y la cruz. De donde resultaría que vivir el Evangelio equivaldría a vivir en la renuncia más radical. En esta línea afirma sin rodeos Tomás de Kempis en la *Imitación de Cristo* (II, 12): "Si hubiera algo mejor y más útil para el hombre que sufrir, Jesucristo nos lo habría enseñado con sus palabras y su ejemplo". Esta forma de hablar podría dar a entender, no sólo que Dios permite el sufrimiento, sino que, en el fondo, le agrada que el hombre sufra. De ahí que el lenguaje ascético sobre el sufrimiento raye a veces en lo absurdo. Como si Dios "necesitase" la sangre, el sufrimiento, para aplacar la ira que le provocan las ofensas de los seres humanos. ¿No resultaría un Dios así inaceptable e incluso monstruoso? ¿Y no sucedería lo mismo con una espiritualidad basada en esa imagen de Dios?

Frente a esto, hay que afirmar con rotundidad que Dios, Padre de bondad y de misericordia, no quiere que sus hijos sufran. Si en el mundo hay sufrimiento es porque toda forma de vida terrena es limitada. Y esa limitación lleva consigo el enfermar, el envejecer y el morir. Sin contar con que gran parte del sufrimiento que hay en el mundo se lo provocan los seres humanos -libres- unos a otros. Pero no es éste el momento de abordar el problema del mal. Lo que sí ha de quedar claro es que, desde el mensaje de amor del Evangelio, el único sufrimiento que Dios *quiere* es el que resulta de la lucha contra el sufrimiento. Jesús sufrió porque se puso de parte de todas las víctimas del sufrimiento humano, fuese cual fuese su causa. Y por esto se enfrentó a una religión y a unas instituciones que, en vez de aliviar el sufrimiento, lo provocaban o lo agravaban. Por esto Dios quiso que Jesús bebiera el cáliz del sufrimiento. Y por esto quiere que también nosotros evitemos todo lo que hace sufrir y asumamos el sufrimiento por los demás. Ese sí que es el sufrimiento que Dios quiere: el que nos hace más libres y disponibles para aliviar y suprimir, si es posible, el sufrimiento causado por el egoísmo humano, la insolidaridad y la deshumanización.

En definitiva, a esto se refiere el mensaje de seguimiento radical que nos lanza Jesús en el Evangelio. Por lo demás, la experiencia nos enseña que quien hoy se compromete en la lucha contra las causas del sufrimiento ha de afrontar necesariamente el sufrimiento e incluso la misma muerte. Sólo así las exigencias de vencimiento y de cruz se sitúan donde tienen que estar. Y sólo así es posible evitar los "peligros" que acarrea una comprensión errónea de la espiritualidad cristiana.

## Estructura fundamental de la espiritualidad cristiana

Una espiritualidad montada sobre el proyecto de la propia perfección espiritual está expuesta al peligro de que el individuo se centre en sí mismo. La preocupación del sujeto reside entonces en el propio crecimiento espiritual, en el acopio de virtudes, para llegar a ser santo. No es infrecuente encontrar personas que, cultivando esas formas de espiritualidad, en el fondo, están aferradas a sus propias ideas e intereses y resultan autoritarias, impositivas, dominantes.

Importa, pues, establecer los criterios que nos sirvan para discernir la estructura fundamental de la espiritualidad cristiana. El punto de partida es el seguimiento de Jesús. Ahora bien, seguir a Jesús no es seguir una idea, un programa, es seguir a una persona. Y seguirla sin poner condiciones. En los textos de los Evangelios en los que se habla del seguimiento de Jesús se emplaza a los discípulos a tomar en serio la tarea de la libertad espiritual: no estar atado a nada ni a nadie, para estar enteramente disponible. En el "Principio y fundamento" de sus *Ejercicios*, San Ignacio se refiere a esa disponibilidad, cuando afirma que "es menester hacernos indiferentes a todas las cosas creadas".

Pero de nuevo es indispensable deshacer un equívoco: no buscamos la libertad para ser más perfectos, sino para estar disponibles para la causa del Reino de Dios. La entrega a esa causa, la lucha por ella, constituye el principio estructurante de la espiritualidad. Es lo que ha de determinar nuestras opciones y ha de dar sentido a nuestra vida. Porque éste fue el centro de la existencia y del mensaje de Jesús. Y para esto formó a sus discípulos.

La entrega a la causa del Reino posee una consecuencia ineludible: la lucha por una sociedad fraternal, solidaria, liberada de injusticias y opresiones. Una sociedad en la que los primeros sean los últimos de este mundo, los que sufren, los pobres, los marginados. Y esto no meramente por un proyecto de justicia social, sino porque constituye la realización, ya en este mundo, de la gran familia de Dios, o sea, la forma de convivencia humana en la que Dios resulta efectivamente el Padre de todos y, por tanto, todos son hermanos y solidarios. A sabiendas de que la realización plena sólo se alcanzará más allá de esta historia nuestra.

La entrega a este proyecto y la lucha por irlo realizando en nuestra sociedad constituye el principio estructurante fundamental de la espiritualidad cristiana, que así se ve liberada tanto del subjetivismo intimista como del peligro de egocentrismo larvado. Es así como la espiritualidad adquiere aquella dimensión de realismo que le faltaba. Un ejemplo: la espiritualidad cristiana se ha caracterizado por el desprendimiento y la austeridad de vida. Pero no solía cuestionar las estructuras de explotación que sufren los pobres. Por supuesto: la libertad respecto a los bienes de este mundo es fundamental. Pero con tal de que constituya la condición de posibilidad de la lucha contra la opresión y el sufrimiento que padecen los pobres. Éste resulta el modo más evangélico de orientar la ascesis de una persona que toma en serio la causa del Reino de Dios. No se trata de sustituir la ascesis por la lucha social, sino de quedar libres y disponibles para aliviar y, si es posible, suprimir el sufrimiento de los débiles.

En cuanto a la celebración cristiana de la fe, es claro que los sacramentos - especialmente el bautismo y la eucaristía- son esenciales a la vida de la Iglesia. Pero los

sacramentos poseen una dimensión celebrativa que no hay que olvidar. No es el momento de desarrollar ese carácter celebrativo. Pero sí que hay que hacer constar que la estructura sacramental y, por tanto, celebrativa resulta determinante para la espiritualidad cristiana. Y tampoco aquí hay que olvidar que los sacramentos, en especial el bautismo y la eucaristía, son celebraciones comunitarias. Con esto no hago sino alertar de nuevo contra el "peligro" de individualismo que no deja nunca de acechar a la espiritualidad cristiana.

**Condensó: JORDI CASTILLERO**